LUNES DE REVOLUCION

R

LOS POETAS Y LA BOMBA ATOMICA

director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
layout y emplanaje: tony évora y guerrero
número 59, mayo 16



Del pasado lunes a éste, los acontecimientos nacionales —e internacionales— han cobrado una vertiginosidad asombrosa. En los últimos siete días el Imperialismo ha llevado a cabo una serie de actos tan francamente agresivos, tan descaradamente provocadores que hacen concluir que la agresión final, el gran zarpazo de las fuerzas reaccionarias de Estados Unidos y del patio se va a consumar. Nos damos cuenta de su desesperación, de su histérica encrucijada. En Cuba el imperialismo ha usado todas las fórmulas clásicas (en muchos casos tuvieron un resultado excelente), que durante muchos años empleó en la América Latina y en el resto del mundo. Todo fue probado hasta la saciedad sin que surtiera los efectos deseados.

Por eso se han producido en las últimas semanas estos hechos: la concentración de mercenarios en Guatemala y el rompimiento de relaciones diplomáticas de Ydígoras con nuestro Gobierno; la acumulación de armas y hombres en la base naval de Caimanera; las maniobras de los marines en Puerto Rico; las visitas de los criminales de guerra cubanos al senado de Estados Unidos; de nuevo los insultos y acusaciones de los medios de difusión norteamericanos. Y en las últimas horas los avisos mandados a imprimir por la embajada norteamericana, firmados por el excelentísimo Phillip W. Bonsal, y el "lock-out" forzado por el excelentísimo Pepinillo, que trajo el cierre de la Marina —otro viejo enemigo de LUNES que desaparece—, y la avioneta norteamericana, piloteada por un norteamericano, salida de territorio norteamericano derribada el jueves cerca del Mariel.

Sería muy tonto pensar que todos estos actos no han sido planeados alevosamente para consumar el zarpazo final, la agresión física, la canallada postrera.

Hay todavía gente que de buena o mala fe (habría que analizar cuál fe es más peligrosa), afirma que los métodos del Imperialismo han cambiado radicalmente, que hoy ni Estados Unidos ni ninguna otra nación imperialista necesita ocupar un país para destruir un gobierno o para colocar unos gobernantes títeres. Esto no se puede decir más que por dos razones por ignorancia o por maldad: o por las dos a un tiempo.

Para desmentir esta opinión retorcida y malvada estamos nosotros alertando una vez más al pueblo, que es quien nos preocupa. La agresión —física, brutal, definitiva— parece que va a producirse. El Imperialismo tiene intención de efectuarla para rescatar su maltrecho prestigio, para que el ejemplo cubano no cunda, como un acto final de defensa, para no perder su posición de nación poderosa e imperialista.

El Imperialismo cree que la opinión pública ha sido ablandada lo necesario para lanzar el zarpazo sobre Cuba, pero se equivoca una vez más. Gente tan astuta suele cometer errores fundamentales.

Puede que algún lunes nuestro LUNES no llegue a nuestros lectores, porque todos nosotros estemos defendiendo la patria, la tierra, el honor, la vida. Esto lo decimos sin dramatismo, con pesar. Nosotros quisiéramos estar contribuyendo, en la medida que nuestras fuerzas nos lo permitan, a realizar la revolución cultural que nuestro pueblo necesita. Pero vamos a estar, este lunes y los demás días, donde seamos útiles: en la redacción o en la trinchera: dondequiera que esté el pueblo. Aquí está el pueblo esperándolos. Aquí estamos nosotros.

Nada más queda por decir.

LOS POETAS Y LA BOMBA ATOMICA

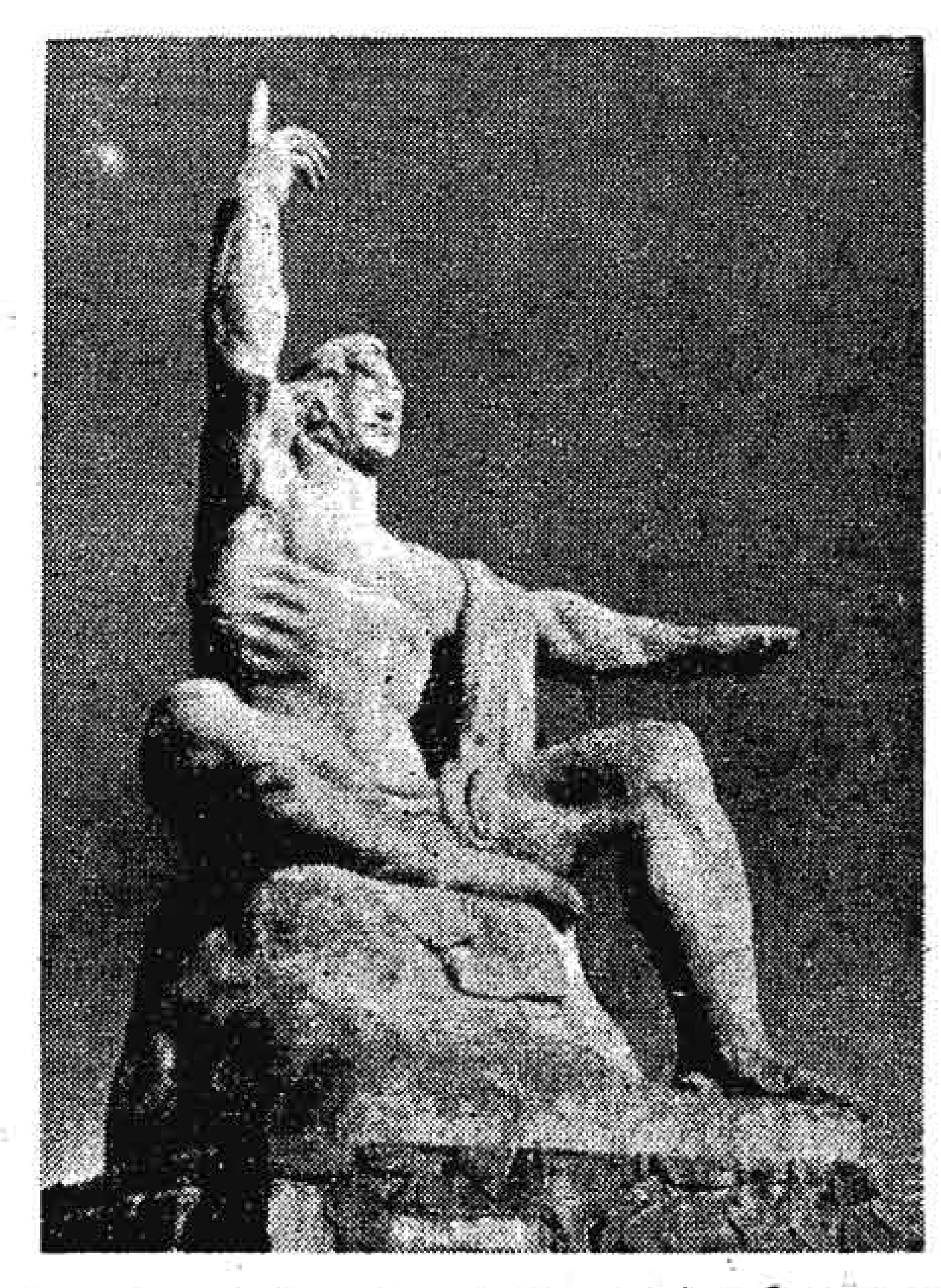
POR ALAIN BOSQUET

Servicio Especial de Prensa Latina

Todas las épocas turbias han visto a los poetas cantar el Apocalipsis y el fin del mundo. El tema más preciso de la bomba atómica es seguramente la expresión de una angustia nacida con Hiroshima. Es un hecho curioso que la paternidad del término mismo pertenezca a André Biély, poeta profético de la Revolución rusa, que ya lo emplea en 1921, en una especie de visión panteísta, semejante a las de Maiacovski y Alexandre Block.

Bajo la pluma de los poetas norteamericanos, particularmente los de la "Beat Generation", Allen Ginsberg, Gregory Corso o Lawrence Ferlinghetti, la bomba atómica toma el valor de dos símbolos: es ante todo un "segundo pecado original" que los confirma en su estado de seres malditos y luego, es el pretexto más seguro que tienen para odiar, combatir y vilipendiar su patria, ese "american way of life" que rechazan con rabia sin aceptar ninguna otra ética. De este modo, permanecen en la tradición de los poetas americanos, que es la de ser anti-americanos.

Los poetas japoneses cantan a la bomba atómica en un tono diferente. A veces expresan su cólera y su pena, pero prefieren a menudo alusiones más corteses, eufemismos delicados, una cierta serenidad muy estudiada. El tema de la bomba atómica es para algunos de ellos, inclusive, sinónimo de esperanza y de orgullo: esperanza en una humanidad juiciosa, orgullo de haber sido los primeros en haber sufrido sus horrores. Al asco y el remordimiento de los americanos, oponen eso que ha podido llamarse "la sonrisa de Hiroshima".

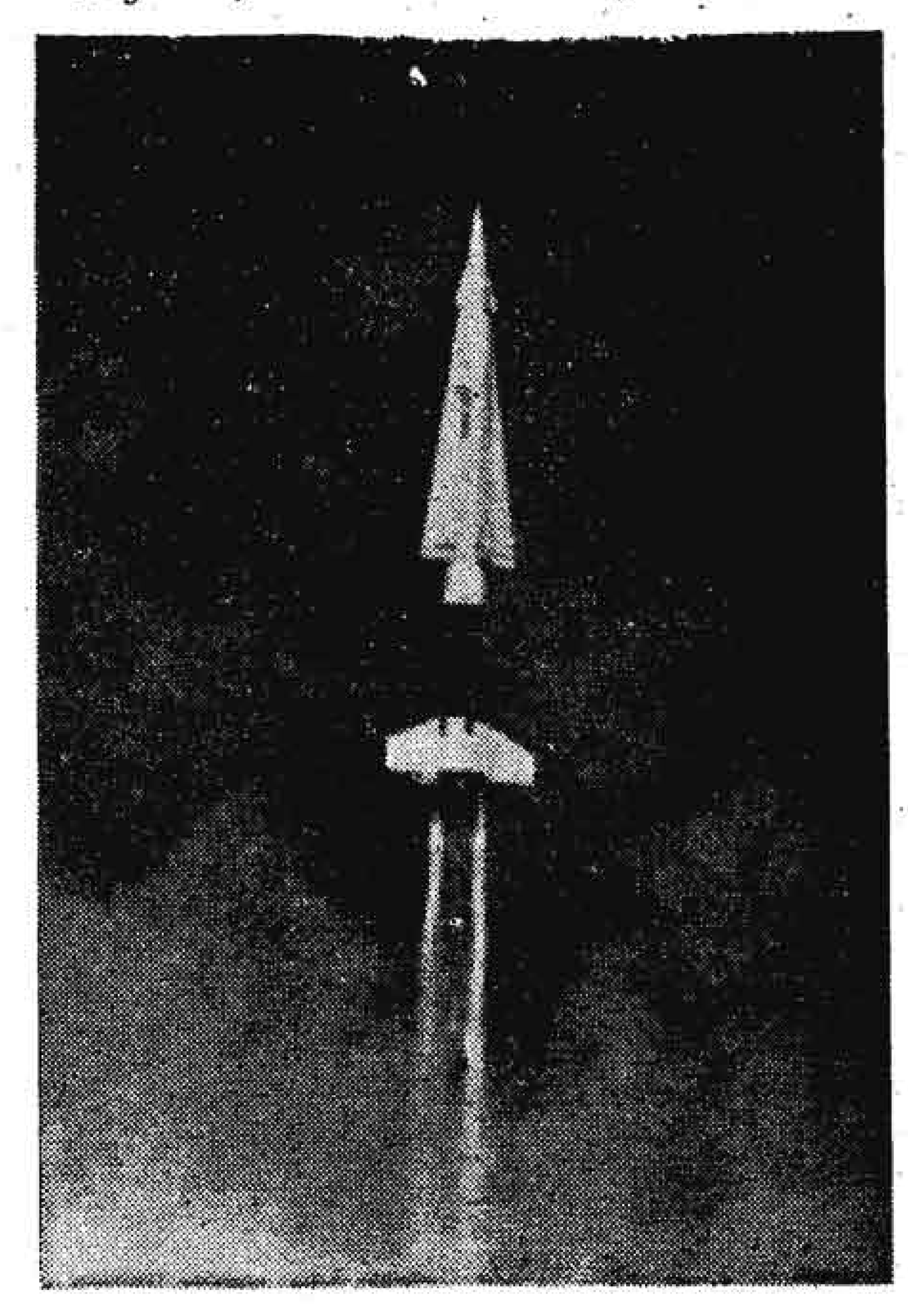


La educada "sonrisa de Hiroshima" se refleja también en este monumento conmemorativo de Nagasaki, destruida el 9 de agosto de 1945

PRIMER ENCUENTRO

Por André Biély (U.R.S.S.)

Encima de las tinieblas cósmicas, cantaba:
"Los universos inmensos
No se han calmado en las fuerzas atómicas;
Pensamiento vuela, dinamita,
Cada vez más audaz, emprendedora y ágil;
La nueva experiencia
—¡El mundo estallará!—
Fue predicha por el explosivo Federico Nietzsche
El mundo está despedazado
Por las investigaciones de Curie,
Por la explosión de una BOMBA ATOMICA
En un ramillete de electrones,
¡Descarnada hecatombe!
Yo, Hombre, hijo del éter,
Hago que caigan del sendero supra-terrestre,
Fuera de mi púrpura etérea,
Mundo tras mundo, siglo tras siglo"...



EL CABALLO Y EL PAISAJE

Por Kitagawa Fuyuhiko (Japón)

El caballo se inclinó hacia adelante;
Luego, la enorme cabeza
Y las patas traseras, tiesas,
Aparecieron en el aire.
Aquello hizo saltar el paisaje.
Y, a disgusto, el paisaje se fue volando.
¿Cuándo pues volverá?
Poco después,
El caballo dejó colgar su largo cuello
Y, con su lengua espesa,
Buscó...
Pero, ¡ay!, el paisaje no había vuelto.

ESA NACION CIVILIZADA

Por Kondo Azuma (Japón)

Aquel mes, aquel día,
¿Qué sucedió
Sobre este atolón de Bikini?
Yo lo ignoro,
Sé bien que algo ocurrió.
Sé que a causa de eso vinieron cenizas y lluvias
radiactivas;
Que muchos pescadores también perdieron sus
glóbulos sanguíneos.
Y sé que por eso no existe para ellos esperanza
de curación.
Sé que la Corriente Negra que pasa daña a la
humanidad.
Conozco el nombre de la nación civilizada que
la creó.
Lo que sucedió sobre este atolón de Bikini,
yo lo ignoro.
Que eso haya privado de su comercio
a los pescadores;
Que eso haya privado de su baño de mar
a los niños;
Que eso haya suprimido las legumbres, el pescado
y el agua de nuestras mesas...
Todo eso lo sé...
Que aquellos que tuvieron que sufrirlo no fueron
de esa nación civilizada.
Ni sus niños, lo sé.
Pero ignoro lo que ocurrió sobre este atolón
de Bikini.
Sin embargo, sé que algo sucedió.
Sé que al fin y al cabo eso privará de la vida
a aquellos que desean la paz.
Ella, la que lo hizo,
Se mantuvo tranquila, indiferente como si nada
hubiera ocurrido.
Conozco el nombre de esa nación civilizada.

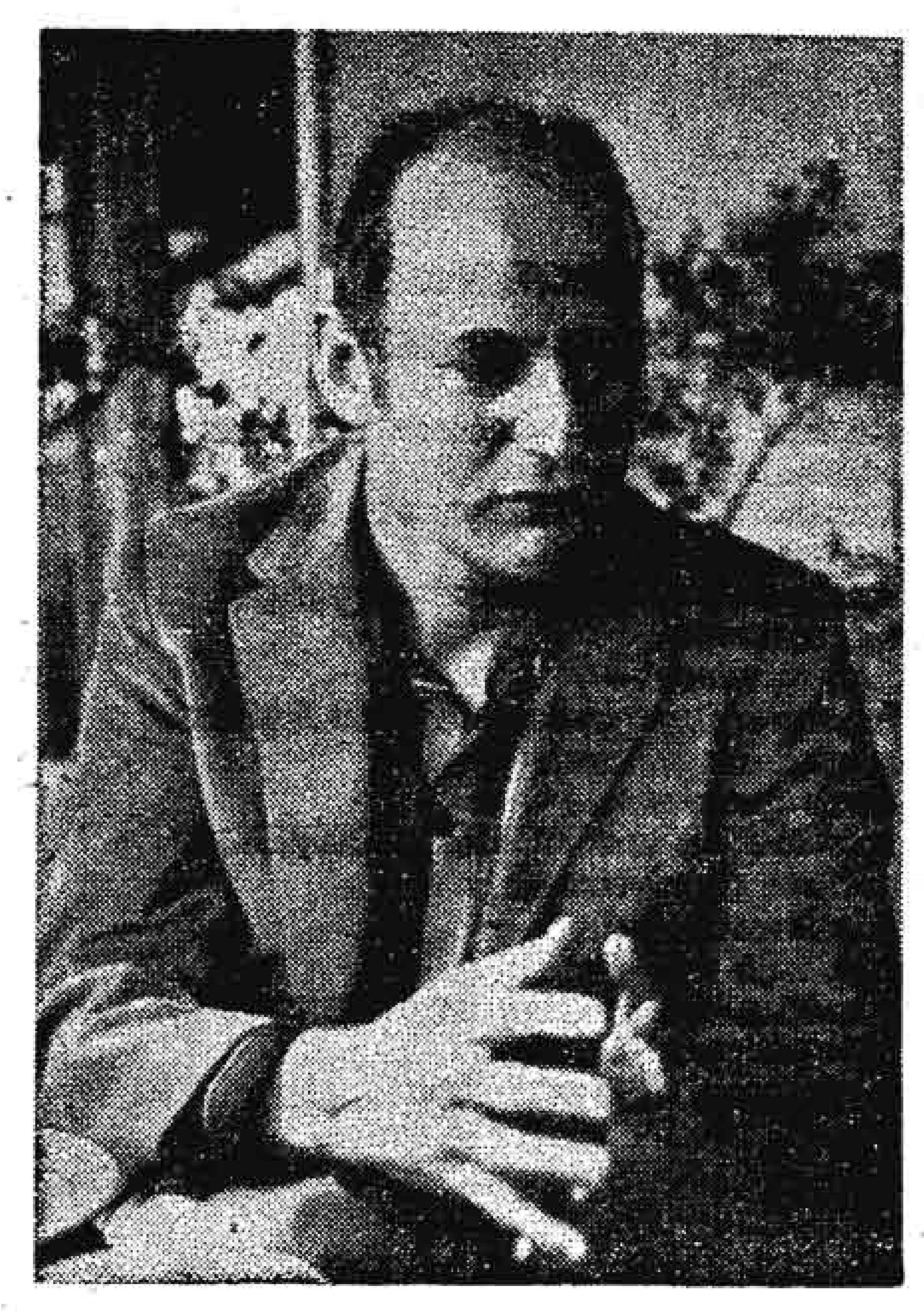


"América... ¿cuándo te mirarás a través de la tumba?" (Allen Ginsberg).

EN UN AÑO SURREALISTA

Por Lawrence Ferlinghetti (Estados Unidos)

En un año surrealista
de hombres-sandwiches y bañistas al sol
de girasoles difuntos y teléfonos vivos
los políticos domésticos bajo el látigo del partido
estaban como de costumbre atareados
en la pista de un circo cubierta de aserrín
donde acróbatas y hombres-cañones
llenaban el aire como de inmensos gritos
cuando un payaso muy sereno
apretó el incomible hongo de un botón
y una inaudible bomba de domingo
cayó
sorprendiendo al presidente que estaba rezando
en el décimonono trayecto del golf.
¡Oh! fue una primavera
de hojas de terciopelo y flores de cobalto
los Cadillacs caían a través de los árboles como
la lluvia
y ahogaban de locura los campos
mientras que de cada imitación de nube
se precipitaban las multitudes innumerables
y sin alas
de los sobrevivientes sin testículos de Nagasaki
Y tazas de té perdidas
llenas de nuestras cenizas
pasaban flotando.



"La cola, la aleta, el ala... Una bomba va a caer entre nosotros" (Gregory Corso)

AMERICA

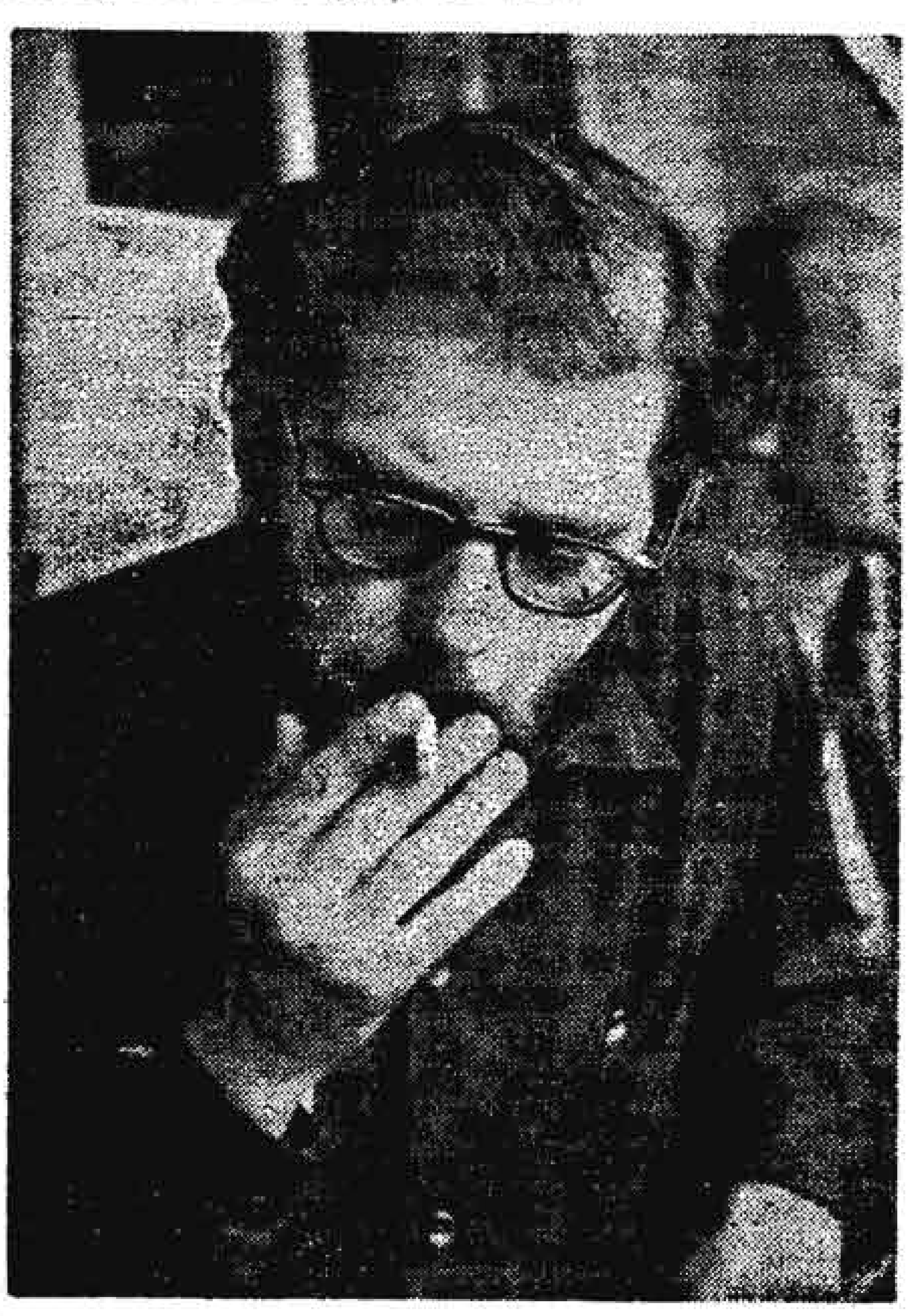
Por Allen Ginsberg (Estados Unidos)

América, todo te lo he dado y ahora no soy nada.
América, dos dólares veintisiete centavos el 17 de enero de 1956.
Yo no puedo apoyarme en mi propia razón.
América, ¿Cuándo cesaremos la guerra
de los hombres?
Vete al c... con tu bomba atómica.
No me siento bien, no me molestes.
No voy a escribir mi poema antes de tener toda mi razón.
América, ¿cuándo serás un ángel?
¿Cuándo te desvestirás?
¿Cuándo te mirarás a través de la tumba?

BOMBA

Por Gregory Corso (Estados Unidos)

¡Oh, Bomba, yo te amo!
quiero besar tu tintineo   comerme tu ruido,
eres un himno el colmo de un grito
el sombrero lírico del Señor Trueno
¡Oh, que resuenen tus rodillas de metal!..
¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!   ¡BUM!
Haced ¡BUM! vosotros, cielos
y ¡BUM! vosotros, soles,
¡BUM! ¡BUM! lunas, Estrellas, ¡BUM!
¡BUM! noches   días, ¡BUM!
¡BUM! ¡BUM! vientos nubes, lluvias.
Haced ¡BANG! vosotros, lago
Haced ¡BING! océanos.
¡BUM! tiburón   ¡BUM! puma
Ubangui, ¡BANG!   orangután,
¡BING! ¡BANG! ¡BONG! BUM!   abejorro,
búfalo, mono.
Haced ¡BANG! Hacer ¡BONG! Haced ¡BING!
La cola, la aleta, el ala.
SI, SI, una bomba va a caer entre nosotros.
Las flores estallarán de alegría,
sus raíces dolorosas.
Los campos caerán fieramente de rodillas y
bajo los aleluyas del viento,
Bombas rosadas florecerán   bombas-ciervos
alzarán la oreja
Ah, ese día el pájaro mirará con dulzura
muchas bombas
Sabed que la Tierra hará de la bomba su virgen
que, en el corazón de los hombres por venir,
nacerán otras bombas
magistrales bombas de armiño todas hermosas
y ellas se sentarán muy tiesas sobre los ásperos
imperios de la tierra
feroces, con sus bigotes de oro.



Allen Ginsberg: *"América... no me siento bien, no me molestes"*



"Conozco el nombre de esa nación civilizada..." (Kondo Azuma)



Ferlinghetti: *"El presidente estaba rezando... en el golf".*

NATHALIE SARRAUTE Y LA NUEVA DIMENSION DE LA NOVELA

POR HEBERTO PADILLA

—Debe ser muy hermoso vivir en Cuba ahora, ayudando a fundar una nación —me dijo Nathalie Sarraute, cuando apenas me hube sentado junto al gran ventanal, que llenaba de la primera luz de primavera la habitación amplia que es su dormitorio y cuarto de trabajo. Y agregó:

—¡Oh, cuánto os admiro...! Un país joven, un país que nace —musita con vehemencia y, poniendo una súbita alegría en la voz: Anoche llegaron Sartre y Simone de Beavoir. Me hablaron por teléfono. Están maravillados. Me dijeron: "Oh, Nathalie, tienes que ir allá...! Tienes que ver de cerca cómo trabaja esa revolución".

Entonces le pregunté si le gustaría visitar Cuba y me interrumpió sin responderme, con aquella formidable precisión de gesto con que manifestaría durante nuestra conversación sus predilecciones y desdenes:

—¿No ha soñado usted algo muy hondamente?

Le respondí que sí.

—Cuba es para mí— repuso lenta y suavemente— un sueño que está ahí, una obsesión tal vez...

Quedó en silencio con los ojos fijos en mi cara, pero muy ausente. Luego:

—Leía todos los partes, los cables, las informaciones de la lucha. Castro con doce hombres, con sólo doce hombres... Oh, Dios... ¿Cómo escribir, cómo inventar en estas tierras viejas si vosotros sois una épica, una lección diaria?

Nathalie Sarraute no es alta y su voz es suave y pausada. Nivaria Tejera —la escritora cubana actualmente residente en París —me había prevenido de que era también tímida. Al concertar la entrevista, no opuso, sin embargo, ninguna resistencia. Fue extremadamente cordial hasta cuando me comunicó por teléfono la única condición de nuestro encuentro:

—Las fotos me hacen daño... Las fotos me aterran; por favor que no haya fotos.

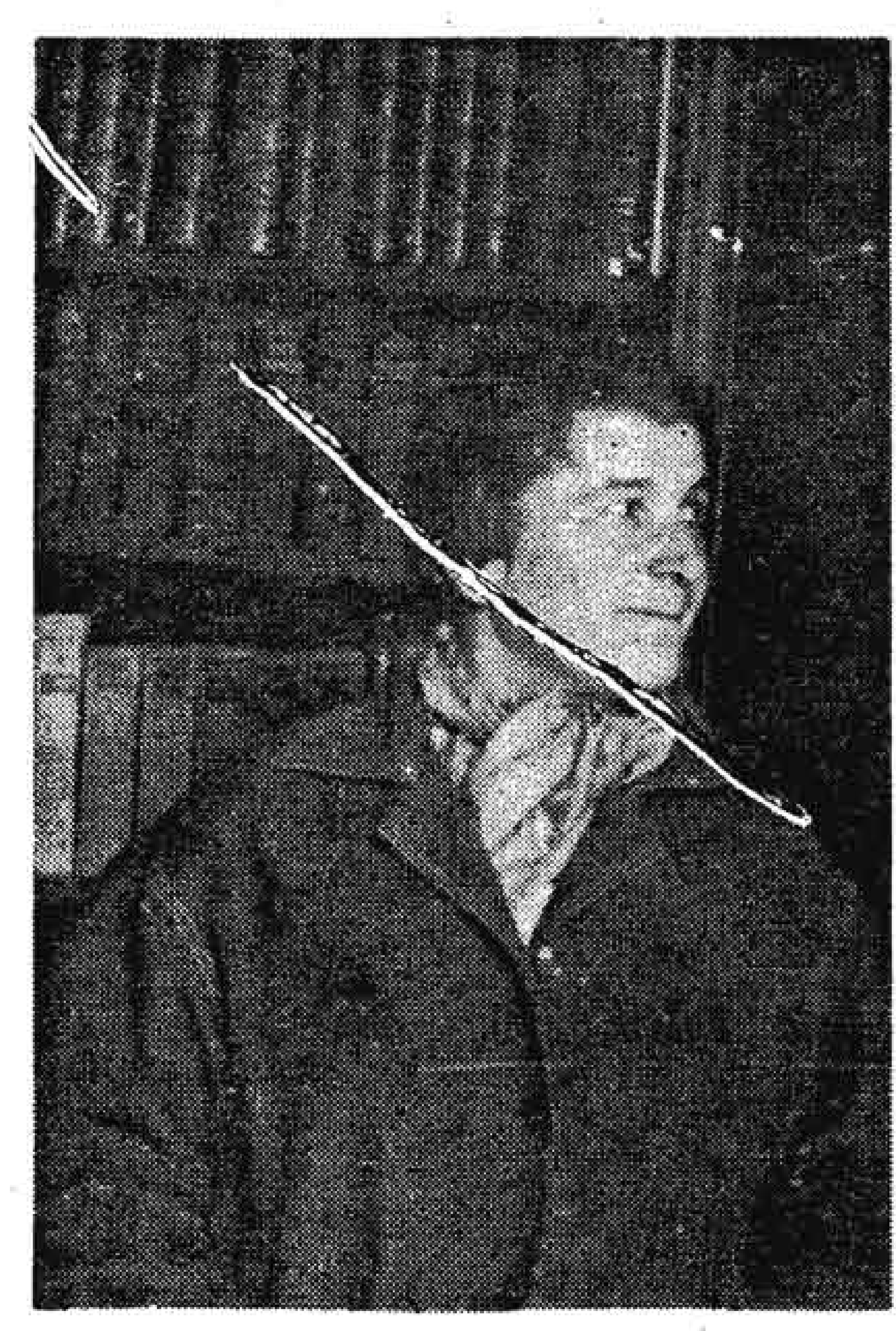
Cuando colgué el auricular le había hecho la promesa más arbitraria que un periodista pueda hacer: no tomar fotos en una entrevista. Después, mientras bebía una cerveza en la calle Pierre Servia donde ella vive, me arrepentí seriamente de saber que en el bolsillo de mi sobretodo estaba la cámara con treinta y cinco exposiciones. Todavía en la puerta de su apartamiento vacilaba apretando la cámara como si estuviera escuchando su cordial advertencia; y, allí sentado frente al ventanal, toda la formidable luz iluminando la mesa de trabajo, los libros, el rostro de la gran novelista francesa cuyo prestigio se acrecienta día tras día, yo pensaba: "¿Debo desistir?"

Y los lectores habrán visto esas fotos. No son buenas. Yo hice dos. Nivaria Tejera hizo la mejor. Es difícil engañar a un ser como Nathalie Sarraute. O yo puse cierta ansiedad evidente, cierta impaciente expectativa o lo adivinó. Me dijo simplemente:

—Usted trae una cámara en ese bolsillo. Lo sé. Por favor, colóquese en la derecha. Mi perfil izquierdo me desagrada.

LA NUEVA NOVELA FRANCESA

Recuerdo que le dije que yo no podía conciliar sus novelas como "Retrato de un desconocido", "El Planetaium" o "Tropismos" tan cargadas de alusión sicológica— con el antisicologismo



La novelista francesa Nathalie Sarraute

preconizado por el movimiento literario que le otorga a ella condición de pionera y maestra. Me contestó con su habitual serenidad.

—Los críticos suelen preferir las simplificaciones. Algunos leen mal o leen apresuradamente. Usted ha notado la discrepancia entre mis libros y la actitud literaria que suele atribuírseme. En todo esto de la nueva novela francesa se ha mentido y confundido mucho. Y yo creo que sí, efectivamente, mi obra rompe con las formas tradicionales de la novela francesa. Es una renovación que inicié en 1939, cuando publiqué mi primer libro, pero jamás he desechado la sicología; al contrario, la he vigorizado. Creo que las impresiones, las acciones apenas perceptibles en la conciencia, porque se producen muy rápidamente, en alguna parte de sus límites, dan su significación a nuestros actos y a nuestras palabras. Yo sabía que estos movimientos existían porque, como todo el mundo, los había percibido confusamente. Y he querido recomponerlos para verlos mejor. Describí lo observado, sin ninguna idea preconcebida. Después, busqué comprender por qué había sido llevada a interesarme en estos movimientos y a emplear para captarlos ciertas formas que no eran de la novela tradicional. Para producir las acciones a que me refiero es preciso que coloque en la conciencia del personaje una conciencia más lúcida que la suya. En mi libro "L'Ere du supcon" he expresado mi credo estético. Creo que de ese libro partieron Alain Robbe Grillet, Michel Butor y Claude Simon para escribir sus novelas. Uno de ellos, Grillet, ha repetido casi textualmente mis palabras y ha querido convertirse en maestro de la novela actual. Ahora anda enfrascado en querer divorciar la novela de toda acentuación sicológica, pretende reducir el relato a la pura descripción de los hechos.

Y en esto yo no puedo creer de ninguna manera. No puede ser una mera contemplativa.

CAMUS Y MALRAUX: DOS ESCRITORES CONVENCIONALES

—En mi obra hay muchas preocupaciones humanas, sicológicas. Por eso me afecta que se me confunda. No tengo nada que ver con lo que parece ser la norma de esos novelistas.

—¿Qué opinión tiene usted de las novelas de Robbe Grillet?

Me respondió ágil, emocionada:

—En ellas hay un escritor muy vigoroso. La prosa de Grillet es magnífica y su poder de visión es extraordinario. Además, yo creo que logra sus mejores momentos cuando se deja llevar por su fuerza, cuando se lanza a la búsqueda de caracteres. Creo que "La Jalousie" tiene una fuerte penetración sicológica aunque él no lo crea así. Acabo de enterarme de que un escritor norteamericano ha escrito un libro sobre las novelas de Grillet y ha encontrado en ella abundancia singular de sicología.

—¿Y en cuanto a Michel Butor?

—Es un escritor de muchos dones. Escribe con mucha facilidad y sabe de todo. De cualquier cosa. Usted no puede imaginar lo culto y educado que es Butor.

—A menudo se prefiere Butor a Grillet —le digo.

—Para mí, Grillet tiene una visión más poderosa y personal. Su prosa es siempre segura, firme.

—¿Y las novelas de Claude Simon?

—Oh, "El Viento" y "La Hierba" son espléndidas. ¡Qué buen escritor...!

—¿Y Marguerite Duras?

—Muy interesante.

—¿Y Robert Pinget?

—Me gustó su "Manhu ou le Materiau" y "Baga" es excelente. También admiro a Celline. ¡Oh, qué escritor...! Su "Viaje al final de la noche" es único.

ES PREFERIBLE IMITAR A FAULKNER QUE A BALZAC

Le pregunté si ella pensaba que la experiencia novelística francesa actual supera la de escritores precedentes como Albert Camus, Sartre, y Malraux.

—Por supuesto —me respondió de súbito— Todos ellos son novelistas convencionales. Camus no me gusta. "La Caída" es un libro retórico que no pude terminar de leer. Es el caso de Malraux. Pero en "La Náusea" de Sartre hay una experiencia que tuvo gran importancia para mi generación.

—¿No advierte usted la influencia, tal vez demasiado evidente de William Faulkner en algunos de los representantes de la nueva novela francesa?

—Sí, es muy visible. En Faulkner la novela moderna ha alcanzado una categoría excepcional. Es un maestro. En estos tiempos es preferible imitar a Faulkner que a Balzac, por ejemplo.

—¿Y Hemingway?

—No me gusta. Me gusta y mucho, John Dos Passos.

—¿Qué le parece Eudora Welty?

—No la conozco. ¿Cómo dice que se llama?

Le repetí el nombre y lo escribió en una hoja de papel. "¿Es norteamericana?" —me preguntó. Yo asentí. Recordé en ese momento a Francoise Sagan. En París se hablaba de su primer intento teatral y se lo dije a Nathalie.

—De esa muchacha me gusta su persona, su dignidad. El éxito no la ha disminuído. Habla siempre con mucha seriedad.

—¿Y sus novelas?

—Cuando madure tendrá experiencias que contarnos. Ahora no.

Sobre la mesa de trabajo de Nathalie hay muchas páginas escritas en una caligrafía menuda y ágil.

La mesa de trabajo

¿SE CONFUNDEN MIS LIBROS EN AMERICA LATINA?

—¿Escribe alguna novela actualmente? —le pregunté.

—Escribo siempre. A veces me siento un poco enferma y ceso, por poco tiempo. Hizo una pausa y sonrió. ¿Se conocen mis libros en América Latina?

—Sí. —le respondí.

—¿Me confunden también allá?

—¿En qué sentido?

—Como un grupo de jóvenes alemanes. Andaban buscándome, preguntando por la discípula de Robbe Grillet. Me creían muy joven, ya ve usted. Me dijeron que en Alemania se piensa que Alain Robbe Grillet ha formado escuela y tiene seguidores. Yo entre ellos. ¿No es ridículo cómo se confunde? También aquí en París, que es lo peor. Miró sonriente a Nivaria Tejera. Me dijo:

—Nivaria y yo a veces descuartizamos a París. Ella por la sangre española, tan distinta. Yo por la sangre rusa.

—¿Qué han dicho de París? —le pregunté.

—Que es inhumano, frío, que la gente no se conduele de nadie, que no hay cortesía... Un sin fin.

—¿Es esa su opinión definitiva?

Nivaria le pidió que me contara una anécdota que a ella le parecía extraordinaria.

—Da la idea de esta ciudad— dijo.

Nathalie bajó los ojos y empezó a contar:

—Padezco de la vista, de las retinas. Se me caían. Los médicos me ordenaron un tratamiento estricto, difícil de seguir. Yo lo alteraba a veces, saliendo a la calle. Una no puede vivir encerrada en cuatro paredes todo el tiempo; pero mi tratamiento incluía la aplicación de cierta droga que me hacía perder totalmente la visión durante largos lapsus. Uno de ellos me ocurrió en plena calle, cuando menos lo esperaba. Me sentí aterrorizada al saberme rodeada de gentes sin poder ver a nadie. Comencé a gritar y a pedir ayuda y como nadie me respondía grité el teléfono de mi casa para que llamaran a mi esposo. La gente, creyéndome loca, se limitaba a comentar mis palabras así: "Ve tú si quieres; habla tú si quieres". En un instante pude verlo todo de nuevo, claramente, y me eché a correr hacia mi casa como una verdadera loca. De nuevo volví a sentirme caer, sin poder ver nada y me senté en la acera insistiendo en que se llamara por teléfono a mi casa. Daba la dirección, repetía los números. La gente no reaccionaba.

—¿No es inhumano? —interrumpió Nivaria, conmovida.

Nathalie se detuvo; habló serenamente. Dijo:

—No, tal vez sea discreción. En París todos son muy discretos. Lo que me ocurrió pudo tener otras causas. Ellos no lo sabían. No podían saberlo. Estaban obligados a esa discreción. París es así.

NABOKOV ES INSOPORTABLE

Nos miró de un modo firme y tierno. Viéndola, yo pensé en "Tropismos", en el París que anda por esas páginas febriles, en el sentimiento de libertad que en él experimentaba la autora, viendo y amando "Las pequeñas calles tranquilas, detrás del Panteón, del lado de la calle GayLussac o de la calle Sanit-Jacques, en apartamientos que daban sobre patios oscuros, pero muy decentes y provistos de confort".

—¿Me dijo usted que es rusa?

—Sí —respondió— Y de niña solía visitar a Lenín con mi padre. Lo recuerdo con nitidez y emoción.

—¿Le gusta la literatura rusa?

—Muchísimo. Lástima que los escritores rusos estén teniendo tan mal momento allá.

—¿Qué le pareció "El Doctor Jivago"?

—Tiene partes hermosas; otras no. Es un libro lleno de nostalgia.

—Nabokov es también ruso —arriesgué buscando otra opinión.

—Sí. Por cierto que "Lolita" me parece un libro formidable, interesantísimo. Dicen que Nabokov es una persona insoportable. ¿Le conoce usted?

—No.

Entró el esposo de Nathalie. Fui presentado. Volvió a hablarse de mi país, de Cuba. También él mostró su interés en nuestras cosas, en la revolución en marcha, en la lucha.

—Me preguntó si me gustaría visitar Cuba — dijo Nathalie señalándome.

—Tocó mi punto débil.

Se quedó en silencio unos segundos. Luego:

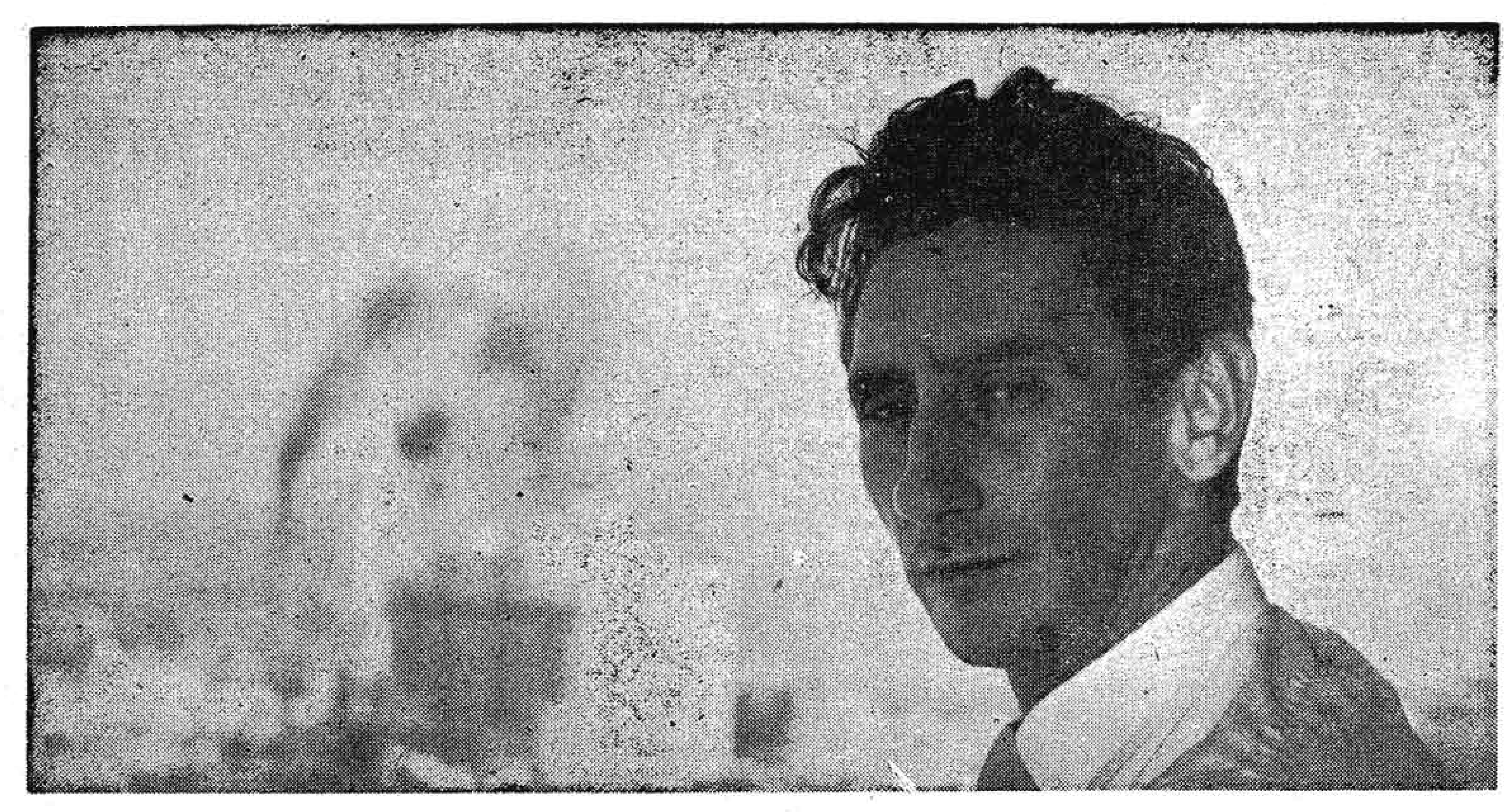
—¿Qué mes es el mejor para estar en Cuba? Nivaria le respondió que noviembre. Nathalie suspiró.

—"Quisiera ir, quisiera visitar Cuba. No sé español y es un lastre; pero hablo bien el inglés. Dicen que todo el mundo habla inglés en Cuba. ¿Es verdad?

Yo le aconsejé que hablara en francés.

—Lo haré —prometió.

Me despedí. "Si vuelve usted a París no deje de visitarme". Me terció la mano cordialmente, mirándome a la cara, me llevó hasta la puerta, con Nivaria, siempre sonriendo. Cerró la puerta cuando ya no podía oir mis pasos en la escalera.



ESCARDO: 6 POEMAS

todo perece

En esta noche todo se desploma
Ay yo debía haber muerto algún día
ya hace tiempo
Si pudiera mirarme en este banco así
sentado con mi espanto
muerto de andar
de preguntar
porque es que ya no sé
si estoy realmente vivo de esta muerte
o si es que estoy viviendo entre los muertos
En esta noche todo se desploma
y es un horror tremendo el cielo abierto
las ventanas
las puertas
¿Qué viento azotará mañana mis cabellos?
¿Qué espero Dios qué espero?
Porque esta noche el mundo se desploma
y todo muere en mí
todo perece
ay de este infierno

Agosto 1957

cuevas

Evaporarse como un agua bajo el Sol
desde una atalaya en el tiempo
entre freáticos sudores.

Ay
locura fluvial en que las cavidades guardan
en círculos
poros que pasan
a través de las rocas
esas aguas
y las perforaciones socaban galerías
de nuevos nombres y concreciones
de mantos y repliegues simultáneos.

Almacenes de líquidos
por donde el ojo ciego de lo negro aguarda
como un sol negro que me espanta.

Y nada queda
nada
sino el polvillo de las sales que no pasan.

Junio 53



isla

ESTA ISLA ES una montaña sobre la que vivo
La madre solemne
empujó hacia los mares estas rocas.
En el tiempo desconocido que no se nombra
en el límite que no se escribe
sucediéndose los deslaves
las profundas grietas:
—gargantas hasta los fuegos blancos—
llega la hora de mi nacimiento en esta isla:
—planeta ardiendo en el cielo—
llega la hora de mi nacimiento
y también la de mis muertes
pues al mundo he venido para que me instale

¿Por qué esos labios se abren como túneles a los que
(no bajo?
Yo sé que el hombre es un rumbo que se instala

sé estas cosas y otras más que no hablo
pero yo puedo darme con los dos puños en el pecho
pues de todo lo que sucede
soy culpable
de todas esas muertes
soy culpable
y no me arrepienten los conjuros
que en el triángulo de fuego he provocado.
Yo soy el gran Culpable
mi delito no puede condenarlo sino Dios
y aún ni el mismo Dios pudiera
(vosotros no lo sabeis
pues ni siquiera los colores de la bandera
os sugieren
vosotros no lo entenderéis)

y esto se quedará como un poema más en la tiniebla
como el ruido de palabras del viento que me arrastra
aunque sea la estrella del alba
pues de todas estas cosas os burlaréis
hermanos
más allá del deseo de vuestras convicciones
en la trama creada para mi deleite

pero yo sólo se
pero yo sólo estoy seguro
pero yo mismo sólo lo he vivido de mis muertes y
(nacimientos

y cómo puedo yo mismo así negarme
cómo podría yo mirar al Sol y no cegarme?

Pero lo que importa es la Revolución
lo demás son palabras
del trasfondo
en este poema que entrego al mundo
lo demás son mis argumentaciones.
No creáis en mis palabras
soy uno de tantos locos que hablan
y no me comprenderéis
no creías mis palabras
esta isla es una montaña
sobre la que sólo vivo...

Ene—9—60

fuego negro

Tus ojos me hablan de extraños mundos
a los que no he viajado
ciudades
sitios aislados
fantasmas míos
que reconozco huyendo
de tu abrazo

Bien mío
estrella
signo que viene a este valle de lágrimas
quién podrá detenerme
quiénes se atreverán

El filo de mi puñal
brilla en tus ojos de plata
oh alma
en tus ojos de plata hechos para mi deleite
de instante en instante

Cómo es posible
¿cómo pueden ser tan posibles estas cosas?
Ni yo mismo comprendo
lo que me trajo
ni lo que me arrastra
mas entiendo esas realidades que me espantan
o acaso entiendo que este valle de lágrimas
no es mi casa.

Pero tus ojos me hablan de esos extraños mundos
a los que no he viajado
oh estrella
fuego negro que me matas.

Marzo 31/60

delitos

Esta noche
la paz de la noche
el sonido de la noche y sus fantasmas
el mundo donde vivo
Oh noche que me ahogas
Cómo podrán detenerme los hombres
las fronteras
ni aunque me cortaran la lengua y las manos
dejaría de hacerlo
soy libre
libre como los vientos secos del Universo
soy libre en este encierro de carnes y huesos
soy libre de esto y de aquello
en mi mundo soy el Juez
yo solo soy mi Dios y me absuelvo

5 de marzo, 1959

paredes

Esa pared hecha de fría consistencia
como el alma
donde el viento del mundo
azota contra el muro
y la mañana cabecea
como un globo
Esa pared de muerte que me aguarda
es una maldición
es el designio como un Dios
o la furia de Dios
antes del alba

1957

UNA ANTOLOGIA LAMENTABLE

por antón arrufat

La Dirección de Cultura de vez en cuando nos sorprende con la edición de algún libro. Creo que el año pasado, tan rico en actividades oficiales, nos ofreció una obra de Pérez Cisneros sobre pintura cubana y un folleto sobre la obra de Víctor Manuel con reproducciones. Este año se inician las actividades editoriales de la D.GC. con un volumen de más de quinientas páginas, *Antología de la novela cubana,* encomendado a Lorenzo García Vega. El lector imaginará previamente que se trata de la edición de varias novelas cubanas en un volumen. El lector está habituado a ver antologías que recogen varias novelas de difirentes autores, por ejemplo, la antología de la novela francesa o de la novela rusa que publicó la popular editorial Jackson en Hispanoamérica. Sin embargo, la presente antología les depara una sorpresa, se trata de una antología de capítulos de novelas de nuestros autores, y no de novelas completas. No dudamos en otorgarle a García Vega el galardón de esa originalidad. Es decir, el lector tendrá que juzgar de la labor de un novelista basándose en los dos o tres capítulos (a veces uno) que Lorenzo García Vega ha tenido a bien seleccionar. Sucederá que el lector podrá afirmar que tal novela es buena, que se siente encantado, sobrecogido, emocionado, que no sale de su asombro, porque ha leído el capítulo que García Vega inserta en su libro antológico. Pero ese lector se vería en un aprieto si se le preguntara cómo sigue la novela, cuál es su argumento, etc. Y se vería aún en un mayor aprieto, se sentiría aplastado en su capacidad crítica, si un amigo que ha leído completa dicha novela le advirtiera que está elogiando una obra, que exceptuando ese capítulo es lamentable. Yo creo que hubiera sido más eficaz la edición de una antología con tres o cuatro novelas cubanas que a juicio del antologista fueran las mejores y más representativas. Indudablemente que esta sana medida hubiera traído muy serios problemas al antologista. Es mucho más fácil escoger un capítulo que escoger una obra completa, es más fácil decidir de la bondad de un capítulo que de la bondad de una obra total, es menos peligroso poner a todo el mundo que seleccionar cuatro novelas... El autor se vería perseguido por las sombras del siglo XIX, por los críticos de esas sombras que andan vivos por ahí dispuestos a defenderlas contra todo. Además, el autor escucharía que llaman a su puerta los novelistas actuales que no fueron seleccionados, que lo amenazan, que lo llaman por teléfono, que le envían cartas insultantes o despreciativas, que le vuelven la cara en la calle o lo saludan fríamente. El autor, ante estas amenazas decidió protegerse y colar a todo el mundo. Si no puso a Ramón de Palma y Ramón de Piña entre los novelistas del siglo pasado es porque esos fantasmas no tienen defensores reconocidos. No obstante, creemos que "Una Pascua en San Marcos" y "Jerónimo, el honrado" no son ni mejores ni peores que "Antonelli", "Francisco" o "Sab" que incluye García Vega en su libro. A estas sorpresas el lector deberá agregar otra. Si tiene la curiosidad de contar las páginas dedicadas a Lezama comprobará que es el novelista que cuenta con un mayor número, mientras, por ejemplo, Alejo Carpentier tiene menos. El lector puede recordar que Carpentier —un novelista respetado en todo el mundo— tiene cuatro novelas publicadas y Lezama cuatro capítulos publicados de una novela que ni siquiera ha terminado. Además, no sabíamos que Lezama fuera un novelista tan definitivo como afirma Lorenzo García Vega. Y llegamos al más grave defecto de esta antología, las notas y el prólogo que García Vega ha escrito mezclando lindamente a Góngora con Quevedo. ¿Quién no reirá ante tanta exuberancia, tanta frase hueca, ante tanta palabra y tan poco pensamiento? Pero escuchemos. Habla de Carlos Enríquez: "El aire que suena en los oídos de los caballos como una inmensa caracola. El aire que puede aturdirnos, soplarnos su desorbitada lección, colando, en como fragmento de paisaje, la espiral de una fuerza alucinante, Carlos Enríquez lo ha agrupado, arracimándolo con otros pequeños soplos del contorno". A esto se llama un crítico sagaz y preciso, tan preciso y sagaz como el aire.

Esta técnica de no decir nada, de escribir un español pésimo, de componer malos poemas en prosa sobre algo tan preciso como juzgar una obra literaria, inunda todo el libro. Todas las notas son idénticas. Pertenecen a esa manera de no comprometerse, de no buscarse disgustos, de no correr ningún riesgo. En Cuba se ha ejercido esa crítica durante muchos años. En esencia, afirmar de un autor que arracima el aire en pequeños soplos, es lo mismo que decir el fino poeta o el enjundioso ensayista. Obedecen a idéntica actitud. Y a esa actitud deberemos culpar del encierro y la tontería a la que fue durante muchos años condenada la literatura cubana. Las notas de Lorenzo García Vega son un exponente más.



ilustración de morante

Pese a su fama de impuntual, Santiago Ordóñez había acudido a la cita diez minutos antes de tiempo. Distraídamente, vertió en su vaso la última pequeña porción de cerveza que quedaba en la botella. Antonio Cancio había acompañado la invitación a almorzar, hecha por teléfono días atrás, encareciéndole a Santiago que fuera puntual, que estuviera en la cantina del restaurante de la calle Consulado a la una en punto de la tarde.

Además de tener fama de impuntual, Santiago también la tenía de escritor. Ciertos amigos suyos, los que él más distinguía y los que más lo distinguían a él, como Antonio por ejemplo, habían leído su media docena de ensayos sobre los temas literarios diversos. Sus ensayos, ninguno de los cuales había sido publicado o siquiera terminado de escribir, constituían en realidad una sarta de citas atinadamente hilvanadas. De sobra sabía que su fama de escritor era infundada. Pero también sabía que en La Habana uno coge fama de esto o de aquello con mucha facilidad.

Desde donde él estaba parado podía ver las mesas más inmediatas a la cantina. Santiago se encontró cara a cara con su imagen, reflejada en el espejo al otro lado del mostrador. Su pelo negro, cuidadosamente peinado, contrastaba con su bigote descolorido y un poco revuelto. Traía puesto un traje dril cien cortado a la medida. Se aflojó el nudo de la corbata sin apartar la vista del espejo, y de un golpe apuró la cerveza restante. Mientras le pagaba al cantinero, oyó a sus espaldas un saludo proferido en una voz gruesa que él conocía. Al volverse casi tropieza con Antonio, que vestía una guayabera blanca de hilo y un pantalón de color indefinido y de tela basta. Que él recordara, Antonio nunca se había esmerado en el vestir. Muchas veces, como ahora, se ponía una guayabera fina y un pantalón de mala calidad o viceversa. Por demás, vendría a ser una novedad sorprendente verle en saco y corbata.

Entre los dos escogieron una mesa directamente debajo de un veloz ventilador que colgaba del techo. Sentados uno frente al otro, pasaron revista al menú.

—¿Compraste el pasaje? —preguntó Antonio.

—Sí. Lo compré hace media hora, en cuanto salí del trabajo. Aquí lo tengo. Me voy dentro de diez días en el vapor "Florida" —respondió Santiago, llevándose la mano al pecho en señal de que guardaba el pasaje en el bolsillo interior del saco.

No había muchos comensales en el restaurante. De algunos reservados procedían retazos de conversaciones entabladas ora en voz alta, ora en voz susurrante. El camarero les tomó la orden en una libretica y desapareció hacia el fondo, por la entrada de la cocina.

—Dentro de diez días ya yo habré llegado a Francia. No se si te dije que el vapor en que mañana me embarco hace escala en Nueva York rumbo a Francia.

En boca de Antonio, "Francia", o el nombre de cualquier otro país europeo, generalmente auguraba el comienzo de una conversación larga y tendida.

—¿Por qué en vez de irte a los Estados Unidos no te vas a Europa? Yo tengo menos interés que tú en la literatura; pero creo que el año y medio que pasaré en Europa, viendo pintura y oyendo música, definirán mis aptitudes culturales —agregó Antonio.

—Y si allá no se definen, ¿qué piensas hacer?

—Por lo menos me habré dado el gusto de viajar por Europa. Además allá puedo practicar el poco inglés y francés que conozco No me pesa haber renunciado al puesto que tenía. Cuando se me acaben los dos mil y pico de pesos que ahorré para mi estancia en Europa, regresaré a Cuba y buscaré otro empleo.

—En tal caso te encontrarás de regreso más o menos hacia principios del año "57". Ojalá que te caiga en las manos un trabajo tan bueno como el que acabas de dejar.

El camarero tuvo que volver a la cocina para servir todos los platos que se le habían ordenado. Al poco rato trajo de la cantina dos botellas de cerveza helada, una de las cuales se la iba a beber Antonio en honor de la ocasión.

Entre bocado y bocado Antonio se regodeaba hablando de los museos, los teatros, las salas

de pintura y los salones de concierto, que tenía proyectado visitar en Europa. Cuando su boca no realizaba el acto de masticar el biftec, había una sonrisa afable en los labios de Santiago, que por ser el invitado se mostraba remiso a interrumpir a su amigo. El viaje a Europa había despertado muchas ilusiones en Antonio, tantas que parecía estar borracho de ilusión. Había mucho de niño grande en él; no fumaba ni bebía y rara era la vez que se le veía con una muchacha. Excepto él, que vivía con los padres y era el benjamín de la familia, todos sus hermanos y hermanas estaban casados y vivían aparte. Su título de contador público databa de unos meses atrás, lo había recibido el mismo día que cumpliera los veintisiete años de edad.

Antonio hasta poseía cierto aire aniñado, no obstante unos cañones de vellos rubios que difuminadamente sombreaban su barba descuidada. Sus ojos claros; pero más aun, la limpidez de su mirada, le daban ese aire. En cambio, si se le observaba de perfil, saltaban a la vista un mentón recio y redondo y una nariz firme y bien trazada que no eran de niño sino de hombre. Y así mismo eran de hombre su elevada estatura y su corpulencia, en la que había cierta elasticidad atlética. Era sumamente aficionado a la mesa bien surtida, a tal extremo que por lo general hablaba poco cuando comía. Pero, ahora, encendido de entusiasmo por lo inminente de su viaje a Europa, se complacía en entregarse de lleno a su perorata. Aunque ello no fue obstáculo para que dejara limpios, casi sin partículas de comida, los tres platos que había ordenado.

Ya los platos de ambos estaban vacíos, y las cervezas bebidas, cuando Antonio se concedió una pausa. Santiago, que durante el almuerzo había abierto la boca más para comer que para hablar, creyó llegado el momento oportuno de reanudar la conversación. Pero cuando se dispuso a hablar no pudo dirigirse a Antonio con la vista. El camarero, que recogía los platos sucios de la mesa, se había interpuesto entre ambos; mas, sin embargo, al quedar despejada la mesa, fue Antonio quien volvió a tomar la palabra.

—Yo sigo pensando que a tí donde te conviene ir es a Europa.

—Pienso ir más adelante. Quzás dentro de unos cinco años.

—¿Pero por qué no te vas ahora? El otro día cuando hablamos por teléfono me dijiste que de los mil pesos que te sacaste en la lotería habías depositado ochocientos en el banco.

Santiago se acordó de la vendedora de billetes que le vendió el pedacito premiado en la lotería. Era una viejita harapienta y desdentada, cuya mirada opaca acusaba una catarata en ciernes. Cuando él supo que se había sacado parte del premio mayor, trató de localizarla en la barra de La Habana Vieja donde ella le vendió el billete. Si hubiera dado con ella le habría regalado unos cuantos pesos.

—Ochocientos pesos no me alcanzarían a mí para viajar por Europa. Yo los gastaría en un dos por tres.

—Te alcanzarían si tuvieras sentido para administrar el dinero. Si te aprietas el cinto podrías vivir en España sin problemas con cincuenta o sesenta pesos al mes.

Santiago emitió una risa seca entre los dientes. En su rostro había señales de un súbito agolpamiento de sangre.

—Chico, por lo menos si no tengo sentido para administrarme trato de hacer las cosas bien hechas. Voy a Nueva York con visa de residente. Estoy cansado de padecer estrecheces. Por el momento tan solo aspiro a ganar un sueldo decoroso. Tú sabes que en Nueva York cualquier alcornoque gana cincuenta pesos a la semana. Yo tengo en mi haber que hablo el inglés con relativa fluidez.

—Sí; pero a la vuelta de cinco años a tí se te habrá olvidado que Europa existe. Lo más seguro es que te cases y que no vuelvas a pensar en ir a Europa. Como tú vives solo es muy posible que des ese paso el día menos pensado.

—Quzás tengas razón, aunque a decir verdad el matrimonio no me da frío ni calor— contestó Santiago, entre sorbos de café y bocanadas de humo procedentes de su tabaco recién encendido.

Se dieron un abrazo de despedida en la esquina de Neptuno y Prado, frente al Parque Central, hasta donde habían ido a pie desde el restaurante. Allí mismo Antonio montó una guagua, y Santiago tomó por Prado hacia la casa de huéspedes donde vivía.

Subió lentamente las escaleras de mármol. Iba a su cuarto con la intención de echar una siesta. En la casa no se movía un alma. Cruzó el largo pasillo, a un lado del cual había cuatro ventanas abiertas que daban a un patio en los bajos. A lo largo del pasillo, donde la claridad de la tarde brillaba contra la pared recién pintada y contra las puertas cerradas de los cuartos, flotaba una atmósfera soñolienta. Algunos huéspedes, fatigados por el calor sofocante de agosto y en vías de digerir el almuerzo criollo, sesteaban a pierna suelta. De ciertos cuartos partían ronquidos intermitentes.

Santiago entró en su cuarto y se quitó el saco, que colgó en un perchero dentro del armario. En vez de acostarse a dormir la siesta, tal como había planeado, se sentó en un sillón y volvió a encender su tabaco, que llevaba algún tiempo apagado. Antonio, quizás sin proponérselo y muy probablemente de buena fe, le había picado el amor propio. Ya no tenía ganas de dormir la siesta; pero menos ganas tenía de quedarse allí sentado, pensando en lo que había sido su vida hasta el presente.

En sus veintinueve años la vida le había tocado graduarse de bachiller, quedarse en primer año de derecho y ver morir a su madre de repente. Su padre se había vuelto a casar y vivía en Bayamo con su madrastra. Santiago no tenía más que un hermano, casado y mayor que él, que residía en Nueva York. Su tío, que era director de una dependencia de Comunicaciones, no sólo le había conseguido un nombramiento de plantilla de oficial clase quinta sino que cada vez que ocurría un cambio de ministro en el Ministerio hacía las gestiones para asegurar al sobrino en el cargo. Pero la influencia política de su tío tenía límites. Sólo alcanzaba para proteger a Santiago contra una cesantía, mas no para conseguirle un ascenso.

Para escapar a sus pensamientos, decidió ponerse a leer y fue al armario en busca de un libro. Sobre el tablero del armario, arrinconados hacia el fondo y puestos uno encima del otro, se hallaban tres libros, los únicos que poseía. El libro de abajo, mucho más voluminoso que los otros, era una edición forrada en pasta de los "Artículos Completos" de Mariano José de Larra; el del centro, patente en la portada de cartón las huellas oscuras del manoseo, era "Las novelas Ejemplares" de Cervantes. Tomó para leer el libro de arriba, los "Versos Sencillos" de José Martí, encuadernado en cubierta de papel. Volvió a sentarse en el sillón, y echándose hacia atrás con el tabaco en la boca, abrió el libro al azar. Y leyó:

"El alma trémula y sola
padece al anochecer.
Hay baile, vamos a ver
la bailarina española".

Pero en vez de pasar a la estrofa siguiente, releyó los dos primeros versos.

"El alma trémula y sola
padece al anochecer".

Desvió la vista del libro y por un momento quedó inmóvil en el sillón, con el tabaco queriéndosele caer de la boca. Como activado por un resorte, se puso de pie. Casi al mismo tiempo tiró el tabaco al suelo y el libro en la cama, y en mangas de camisa traspuso el umbral de la puerta. Había resuelto bajar a la calle a tomarse otra taza de café, y a fumarse otro tabaco.

Al cabo de diez días Santiago se encontraba de pie en la cubierta del "Florida". Sus pulmones se llenaban de aire de mar, y su traje de dril cien se agarraba a su cuerpo, agitado de adelante hacia atrás por una brisa fuerte que no llegaba a ser brisote. El vapor estaba a unas cuantas millas de la costa. Al caer la noche, La Habana consistía en un collar de luces titilantes a lo largo del Malecón. Era una Habana carente de calor humano, pero henchida de calor tropical. Sin embargo, Santiago no supo por qué permaneció con los pies clavados a la cubierta hasta que las luces se tornaron mortecinas y perdieron por completo su resplandor. Fue entonces que decidió ir a la cantina a tomarse unos tragos antes de comer. Mientras descendía por la escalerilla pensó que a lo mejor en la cantina podría hacerse amigo de alguna gringa solitaria que estuviera reñida con el matrimonio.



ANAQUILLE O LA TOLERANCIA

por calvert casey

Más que el castigo con la muerte del intruso de Hollywood, que llega a la selva tocando un par de maracas inconsecuentes, más que la sanción terrible a la falta de respeto a la tradición, Anaquillé y su milagro representan el castigo al espíritu frívolo que trata de explicarlo todo, a la ligereza que trata de dar una respuesta fácil a todas las cosas y a todos los misterios del mundo.

Contra ese espíritu que lo mismo invade a México que a la India, a Cuba que a Haití, y desenfadadamente imita para poder explicar, cambiando sucesivamente de atuendo como una corista de varietés, Anaquillé lanza sus más terribles conjuros y toma la última venganza.

Anaquillé lo tolera todo. Al comienzo del ballet lo más que hace es arrojar violentamente del monte al director-industrial, al camarógrafo apergaminado, a las coristas, al galán de perfil valentinesco, a la secretaria, a la estrella con su falso aire de mujer fatal, a todo el "set" abominable con sus bambalinas supersimplificadas que quieren limitar y marcar el escenario de los misterios. El brujo y sus "yyalochas" se disponen a realizar su rito, ignorantes de todo este mundo extraño y banal que se ha aparecido de pronto en el monte, más allá de los cañaverales. Y cuando los invasores tratan de regresar a la meseta de los sacrificios, un empellón más violento es el solo castigo a su terca frivolidad.

El furor de Anaquillé se despierta únicamente cuando los intrusos pecan del mayor de los pecados: el de la imitación, suprema revelación de la inautenticidad. Ante el inesperado misterio, los visitantes no saben hacer otra cosa que extraer nuevos trajes de sus voluminosos baúles, prender nuevas ideas a sus mentes vacías, ensayar nuevos pasos de baile y nuevos gestos. Ese es el motivo verdadero del furor del brujo y sus divinidades, que destruirá al joven comparsa, la suma moral de los entes supremamente auténticos, para quienes la frivolidad es un insulto terrible.

Cuando comienza la farsa, nadie puede imaginar el final trágico que Alejo Carpentier dará a su obra. Brillantemente estilizadas y actualizadas por Ramiro Guerra, las marionettes de Hollywood van surgiendo, inmensamente cómicas e ingeniosas, aunque con un lastre de tristeza, de irrealidad, que las hace lucir gastadas sin haber nacido. El camarógrafo, el pequeño monstruo técnico, que quiere verlo todo, fotografiarlo todo, no dejar de captar nada en su máquina infernal, para poder mostrar que lo comprende todo, es la figura más lograda entre los invasores de Hollywood. El triste hombrecillo representa lo peor y más superficial del espíritu moderno, es la enciclopedia ambulante, el voraz tragador de datos que no puede perderse nada, el repetidor de acotaciones que no es capaz de comprender lo elemental, el maniático tomador de fotografías que en realidad no ve y por ende no respeta nada. Este moderno fetichista y la estrella, con ser los entes más nocivos del drama, nos divierten inmensamente. Carpentier hace derroches de imaginación en la composición de su ballet. No importa que casi todo él sea pantomima y se eche de menos la verdadera calidad de una coreografía real. La imaginación de la obra y la importancia del tema más que compensan sus posibles fallas.

Una vez en acción los misterios, despiertas las iras, la obra de Carpentier es más fuerte que el autor, lo arrastran hacia un final inevitable que sólo puede ser la muerte, le efusión de la sangre de los culpables del pecado mayor de inautenticidad.

Y he aquí cuando Carpentier realiza el milagro, la síntesis de la tradición africana y cubana dentro de la moderna obra de arte, que sólo Lam ha logrado con éxito, el resumen de todos los terrores, el espanto ante fuerzas deformes y ciegas que nos han aterrorizado desde siempre, que una vez desencadenadas por el furor es imposible controlar y se abalanzarán sobre nosotros con pasos torpes y terribles.

Son Ainá y Kainde —los mellizos divinos de la tradición— los encargados de vengar la profanación perpetrada contra Anaquillé. En la tradición popular afrocubana los Ibeyes, identificados con San Cosme y San Damián, tienen connotaciones más placenteras. Lydia Cabrera nos cuenta las bellas creencias populares que atribuyen en Cuba a los Ibeyes, a todo mellizo, una gracia sobrehumana; a seres a quienes debe hacerse objeto de cuidados especiales, dotados de enorme susceptibilidad, a los que en caso de muerte el hermano superviviente deberá contentar toda la vida con juguetes y dulces para que no se lo lleve...

Carpentier ha utilizado el lado siniestro de estos mellizos divinos aparentemente inofensivos, recordándose que acompañan al turbulento Changó su padre y que cuando ellos condenan ninguna divinidad se atreve a absolver al condenado.

La aparición de los Ibeyes en escena, amarrados por el cuello con una larga soga, marca la escena frenética y final que hiela la sangre. Los enormes mellizos se desplazan con la pesadez de totems que de pronto comenzaran a moverse. Sus movimientos son torpes, implacables, de una torpeza diabólica que se las ingenia para estrangular al joven actor con el cordón umbilical de la soga, ante la sobrecogida compañía cinematográfica y el público no menos sobrecogido.

La larga espera de treinta y tres años desde que Carpentier concibió este ballet y Roldán escribió la partitura ha valido la pena. Diríase que lo ha escrito en estos días dramáticos y grandes para nosotros. No pocas son las coincidencias entre el drama de Anaquillé y el drama nuestro, como pueblo difamado.

Tratan de explicarnos nuestros propios misterios, cuando nosotros aún no hemos aprendido a conocerlos. Una mentalidad que —en el mejor de los casos— es frívola ofrece al mundo sin cesar explicaciones sobre nosotros. Y como Anaquillé, rehusamos ser comprendidos si no es en nuestro propio idioma.

Anaquillé realiza el milagro, y con "Mulato" marca el camino, el gran camino.

GUILLEN Y UNA INVITACION DE LUNES

Nicolás Guillén, con su prosa exacta, saluda la iniciativa de "LUNES" de invitar a Cuba Revolucionaria al gran poeta chileno —"LUNES" también reclamó para él, para Neruda, el próximo premio Nobel— y nosotros nos alegramos de que Guillén se alegre. Dice nuestro gran poeta popular más adelante que debiéramos invitar también a Ilya Ehrenburg.

Podemos decirle nosotros a su vez al autor de "El son entero" que cuando Anastas Mikoyán visitó REVOLUCION, le expresamos nuestro deseo de invitar no sólo a Ilya Ehrenburg a Cuba, sino también a Mijail Sholojov, a Dmitri Shostakovich, a Konstantin Simonov y a otros artistas e intelectuales soviéticos. En cuanto al poeta chino Kuo Mo-jo, ¡cómo no! Esta invitación también la extenderíamos complacidos a otros poetas y artistas revolucionarios del mundo, a quienes conocemos y también amamos.

CUBANOS QUE VIVEN COMO NORTEAMERICANOS

por fausto masó

Hay un grupo de cubanos, un segmento minúsculo de la población, que vive influenciado decisivamente por el estilo de vida norteamericano. No se trata ya de la mera influencia económica, que sufre por ejemplo un empleado de confianza de una firma yankee, sino de una estructura mental, una conformación psicológica, surgida alrededor de los Estados Unidos, una veneración, una adoración ciega, que coloca a los estadounidenses en un pedestal, mientras supone un desprecio de lo nacional, lo cubano, como algo vulgar, poco civilizado, o al menos como poco distinguido, no apto para ser mostrado socialmente.

Esta tendencia se manifiesta en la imitación, de la forma de vida, del confort más grotesco, del empleo de apodos y sobrenombres ingleses, de la copia al calco de competencias deportivas, en las relaciones familiares, en la comida, hasta en lo sexual. Es un gran modelo colocado enfrente, y que se desesperan por reproducir íntegramente buscando hacer olvidar su condición de nativos, pero como siempre sucede con las segundas partes, la imitación suena falsa, inauténtica, la barbería es más real que el "barber shop", y una bodega vende mejores artículos que un "grocery", y es mejor emborracharse un fin de semana, que ir a un "camp-fire" o a un "weeck end", y no se diga nada de las grandes ventajas que tienen los cubanos que no conocen el informe de Kinsey, y hacen naturalmente lo que no es más que un acto natural sin las complicaciones tenebrosas de la psicología y la estadística.

La veneración del "American Way of life", que antes no tenía mayor importancia, era un aspecto entre otros de la corrupción republicana, ahora se refleja políticamente. Personas que no han sido siquitrilladas —a los afectados se le reconoce el derecho al pataleo— y han sido beneficiados de una forma o de otra por las leyes revolucionarias, miran con temor y temblor a la Revolución, suspiran por un ritmo más lento, porque "se piensen más las medidas", y sobretodo porque "no olvidemos que estamos situados junto a la Florida". Les parece que atacar a los Estados Unidos es un grave acontecimiento, que pone en peligro el supuesto orden del universo, y cuyas graves consecuencias no tardarán en verse, cuando todos los cubanos estemos como afirma el dicho "con una mano delante y otra detrás", al decidirse los norteamericanos a aplastarnos.

Cuba era víctima del imperialismo en lo político y en lo económico, y también en las costumbres y en la misma cultura. Entendida la cultura en su acepción más amplia, y no como la misión encomendada a escritores y dueños de imprenta. El falseamiento de la nación cubana era tan completo en nuestra organización económica, como en nuestra misma personalidad, nuestra riqueza nacional, en lo artístico y en lo folklórico, retrocedía ante productos de importación secundarios, y nuestros supuestos intelectuales no hacían, en una postura entreguista, más que describirnos peyorativamente, despreciativamente, ideando una imagen del cubano como un ser abúlico, sin aptitud para el trabajo, vago, perezoso, anárquico, incapaz de tomar nada en serio; burlón y frívolo. Olvidando así nuestra historia de lucha, el esfuerzo y la tenacidad demostrada por el pueblo para lograr su independencia frente a España, y más tarde para liberarse de la Enmienda Platt, y derrocar a tiranías como la de Machado y la de Batista, ya que el pueblo poseía las virtudes de que carecían los que se autocalificaban como mentores espirituales, erigiéndose "maestros", volviéndose hombres serios y meditabundos, cuando no eran en muchos casos más que simples botelleros disfrazados de etiqueta, analfabetos con títulos, expertos en el arte de los bombos y las fórmulas de compromiso.

Esa labor de desprestigio realizada por escritores cubanos, iba unido al ensalzamiento, consciente e inconsciente, de los Estados Unidos como la democracia ideal, el sitio donde el hombre común, el hombre pobre, por su propio esfuerzo se podía hacer millonario. Así se creó en consecuencia lógica esa zona híbrida de la población, que se olvida que es cubana, y llega como ha ocurrido recientemente en algunos cines del Vedado, a aplaudir al ver en la pantalla a un embajador extranjero, expresando así, tranquilamente, su condición de traidores y su espíritu de sumisión.

La Revolución, sin embargo, ha ido cambiando nuestras características, volviendo un orgullo el ser cubano, haciendo que veamos que los verdaderos representativos de nuestra sociedad son los que supieron morir con dignidad y tranquilidad, luchando contra el crimen, los que descendieron un día de la montaña con gestos de inocencia y sin la menor ostentación, y no los que niegan nuestra nacionalidad y suspiran por haber nacido en los Estados Unidos.

Esa influencia malsana de los Estados Unidos sobre nosotros se explica por nuestra propia debilidad y la labor de nuestros traidores, porque ahora, que somos nosotros mismos, y que hemos aceptado a plenitud el riesgo y la esperanza de triunfo que nos ofrece la Revolución, es cuando también podremos recibir y asimilar, sin dañarnos, los aportes de la cultura norteamericana, de los grandes escritores de los Estados Unidos, que han estado siempre opuestos al famoso "American Way of life", y que han sido los mayores críticos de la misma civilización norteamericana. Y el grupo híbrido de los que se creen norteamericanos, irá pereciendo poco a poco, y no ante el paredón de fusilamiento, sino de diarrea, de unas diarreas contumaces y feroces, producto de las mismas bolas alarmistas que ellos inventan y que como extraños bumerangs les paraliza la digestión, los coloca en una situación desesperada, impidiéndoles adaptarse a la nueva Cuba y por tanto, haciéndolos perecer.

EL DERRUMBE DE LA MARINA

por j. a. baragaño

Ahora que el Diario de la Marina descendió definitivamente al reino de las sombras, desde el punto de vista cultural, podemos preguntarnos qué significó esa empresa editorial con más de un siglo de existencia, y para qué sirvió todo ese tonelaje de papel al proceso cultural de la nación.

El **Diario de la Marina** significó como toda la actividad de la sociedad feudal en que vivíamos, el aniquilamiento de la cultura, el odio a la cultura, el exilio de la cultura de la vida nacional.

Para el sociólogo y hasta para el periodista o el simple escritor encarar ese proceso de atentado a la cultura, puede ser un campo de descubrimientos fundamentales sobre la esencia de la forma reaccionaria de gobierno. Lo más curioso del fenómeno es que La Marina a la inversa de otras publicaciones reaccionarias no hizo nada por crear una cultura reaccionaria. Desde sus páginas nunca se avalanzó sobre el mundo un contingente de escritores y poetas; su sentido más profundo estaba completamente reñido con la literatura y la poesía, con la inteligencia y la cultura.

Si decimos que la clase burguesa y latifundista cubana es la más inculta del mundo, no nos equivocamos, y por consecuencia el Diario de la Marina era la publicación más negativa culturalmente del mundo.

Es posible que la actividad cultural tuviese tan poca importancia en la vida nacional, que la reacción que provocaba tal estado de cosas, en complicidad con el imperialismo, no se viese en la necesidad de crearse un equipo cultural adecuado. La cultura reaccionaria en Cuba tiene tan poco valor como cualquier otra actividad de la reacción cubana que nunca conoció un momento de progresismo ni de interés por dirigir

la evolución del país desde ángulos intelectuales.

La Marina como la reacción cubana no creaba valores culturales, pero a su vez ahogaba o pretendía ahogar los esfuerzos populares y de las clases progresistas de la nación. Ese esfuerzo por crear una nación sin cabeza obedecía perfectamente a la ausencia de sentido o dirección de la propia reacción cubana que se movía al impulso de presiones exteriores y de órdenes precisas emanadas de las metrópolis que la gobernaban.

La cultura cubana siempre ha sido de origen popular. No hay una etapa burguesa de la cultura cubana que pueda ser tenida en cuenta, si la hay. Las producciones de la burguesía y de la reacción general en la cultura cubana no pasan del balbuceo, la impotencia y la mediocridad.

Por eso nos hizo reír profundamente cuando leímos en el **Vigía de la Marina** una crítica sobre "LUNES", que es una publicación esencialmente popular y dirigida a obtener la mayor producción cultural posible del país; nos dábamos cuenta de que por ignorancia se nos acusaba de reaccionarios. Nosotros concebimos la cultura como producto de la actividad humana, como enfrentamiento del hombre con su práctica, y como **producción** en el sentido más profundo de los anhelos nacionales. Por eso damos cabida a todas las tendencias, a todos los esfuerzos, porque de esa reacción en cadena de ideas y estados de conciencia se van formando las riquezas culturales de una nación. Lo otro lo dejamos a la ignorancia.

REVOLUCION, nosotros como escritores y poetas podemos decirlo, ha sido la publicación cubana que más continuada y seriamente se ha preocupado de la cuestión cultural. Y esa es la contradicción entre Revolución y reacción: mientras la Revolución comprende que la cultura es el fin de todo verdadero proceso de emancipación; la reacción trata de establecer todas las trampas posibles para que la cultura no se desarrolle, procurando arrancar de cuajo todo intento de emancipación revolucionaria de las fuerzas progresistas de la sociedad.

La Marina estaba muerta hacía mucho tiempo. Su derrumbe es definitivo. La cultura nacional ha ganado otra batalla.

INDONESIA DOBLA LAS CAMPANAS

por daniel arty

No era la primera vez que el Embajador de Indonesia, Su Excelencia Moekarto Notowididgo, que precedió al Presidente Sukarno en su viaje a Cuba, venía al Caribe. En 1955 —el mismo año de la Conferencia de Bandung y de las primeras elecciones generales en Indonesia— el Embajador hizo un viaje de buena voluntad a través de los países de la América Latina. Pero los círculos oficiales, preocupados por no disgustar a Washington, dieron una acogida discreta, llena de prudente reserva, al representante de una potencia que acababa de entrar espectacularmente en la escena internacional, y cuya acción amenaza de modo inquietante los últimos bastiones del colonialismo en el mundo.

¿Qué había hecho Indonesia para despertar la desconfianza e incluso la hostilidad de América?

Bien conocida de todos es la lucha del pueblo indoneso desde los tiempos más remotos de la colonialización holandesa hasta la jornada de liberación del 17 de agosto de 1945 en que se firmó la Declaración de Djakarta; el impulso que líderes como Sukarno dieron al pueblo para resistir victoriosamente los repetidos asaltos de los holandeses que pretendían arrancarles una independencia precaria aún.

Terminaba la segunda guerra mundial. Guiados por esa "voluntad apasionada de libertad" que Nerú citaba como una de las características del Asia de hoy, los pueblos de aquel continente se sacudían resueltamente el yugo del sistema colonial. En el Asia Sudoriental solamente, nueve naciones nacieron a la libertad, entre ellas Indonesia, que tras cinco años de soberanía estaba llamada a invitar a las naciones que hasta el día anterior habían estado subyugadas a unírsele en una misma vocación anticolonialista.

¿Cómo una nación tan débil militarmente podía asumir el papel de director? ¿Qué representaba Indonesia según los criterios tradicionales? Una entidad nacional repartida sobre un archipiélago de tres mil fragmentos, donde los ingresos por habitante apenas llegaban a cincuenta dólares; una nación con un déficit presupuestario de 116 millones de libras esterlinas.

¿Y podía esa nación verdaderamente lanzarse a la alta política mundial? Los expertos veían complacidos acumularse las nubes negras en el horizonte, hablaban de la complejidad de la situación indonesia y afirmaban que sus proyectos estaban condenados por adelantado. Naturalmente, el transcurrir del tiempo demostró que se equivocaban. Indonesia había emprendido una revolución nacional y sólo el triunfo definitivo podía conducirla a su verdadera liberación.

Se observaba también la tendencia a exagerar los antagonismos que oponían a las naciones hasta entonces subyugadas, las fricciones que debían impedir que actuaran en alianza coherente. ¿Cómo esperaba Indonesia conducir a una acción común a naciones tan diversas por las tradiciones religiosas, las costumbres, la moral? ¿Qué tenían en común? Un mismo pasado de explotación, injusticias sociales y miseria.

Se afirma a veces —lo afirman los interesados, como es natural— que el anticolonialismo es asunto puramente emocional. Si la acción de los pueblos afroasiáticos sólo descansara en un consorcio de resentimientos, pocas serían sus oportunidades de llegar a resultados fecundos. Se trata de otra cosa.

El sistema colonial había engendrado en todas partes los mismos infortunios y provocado las mismas reivindicaciones: necesidad de todos estos pueblos de vencer el retraso en su economía; elevar el nivel de existencia de las masas; explotar por sí mismos, y en libertad, sus recursos naturales. Y porque tenían problemas comunes, las 29 naciones afroasiáticas que respondieron a la invitación de Indonesia pudieron reunirse en Bandung en un ambiente de fraternidad cálida. La empresa de los dirigentes indonesios, que había parecido desmesuradamente ambiciosa, tuvo éxito perfecto.

La Conferencia de Bandung fue un llamamiento a la lucha. Su gran mérito consistió en haber permitido a todos los países "atrasados" adquirir antes que nada consciencia de sus problemas comunes, y definir después las bases de una acción común a todos. El eco de Bandung repercutió poderosamente en las Naciones Unidas, donde los países afroasiáticos cerraron filas contra la represión francesa en el Africa del Norte, contra la discriminación racial en el Africa del Sur, contra la presencia de europeos en Gao y en la Nueva Guinea Occidental. Llegaron a pedir cuenta a los Estados Unidos de su administración de Puerto Rico, mientras que el resto de la América Latina se callaba cobardemente.

En política general, las naciones que participaron en la Conferencia de Bandung adoptaron una posición neutralista que es la única lógica si quieren mantenerse al margen de los conflictos entre las grandes potencias y escapar a una influencia económica que las reduciría a la categoría de colonia sin bandera. De este modo, las naciones constituyen puntos de resistencia a la expansión imperialista. Los Estados Unidos, que condenan ásperamente la política neutralista porque afecta sus intereses, olvidan que su posición era idéntica al día siguiente de lograr su independencia, y que el Embajador de Suecia dirigiéndose a John Adams hubo de decirle: "Doy por sentado que tienen ustedes el buen sentido de mirarnos con filosófica calma mien-



tras nosotros en Europa nos agarramos por el cuello".

Puede decirse con razón que Indonesia es débil, pero ello sólo es verdad desde el punto de vista militar. Las potencias imperialistas no pueden olvidar que Indonesia rivaliza con la Federación Malaya por el primer y el segundo lugar entre los países productores de estaño y de caucho y que uno de los principales recursos lucrativos es esa palabra mágica de la economía moderna: el petróleo. La reciente visita de Kruschev a Jakarta y el acuerdo comercial concertado entre los dos países no le ganaron por cierto la buena voluntad de los Estados Unidos.

Pero aquí en América Latina, que hacemos frente a los mismos problemas, que como Indonesia luchamos por nuestra liberación definitiva y auténtica, debemos rodear de toda nuestra simpatía a ese gran país que es Indonesia. Hace cinco años la llegada del Presidente de un país del Asia Suroriental no hubiera despertado un movimiento tan grande de interés. Quizás los frívolos se hubiesen dicho en el mismo tono estupefacto de los parisienses de las "Cartas Persas": "¿Pero cómo es posible ser indonesio?"

Las cosas han cambiado. La acogida triunfal dada en La Habana al Presidente Sukarno es una prueba de ello. Indonesia merece más que nuestra simpatía. Merece nuestra gratitud, por haber tomado la iniciativa de esa memorable Conferencia de Bandung, por haber la primera doblado las campanas por el colonialismo.

